

Estados del papa y del rey de Nápoles, pues se consideraba á estos príncipes como de todo punto extraños á los acontecimientos de la Italia superior. Si el emperador no ratificaba aquel convenio, había diez días de plazo para anunciarse mutuamente la renovación de las hostilidades; entretanto no era lícito á ninguna de las dos partes enviar destacamentos á Alemania.

Tal fué el sentido del célebre convenio de Alejandría, al que debía la Francia que le fuese restituida la Italia superior en un solo día, como principio de la restauración de la península entera. Mucho se ha censurado y con harta severidad á Mr. de Melas por aquella campaña y por aquel convenio; pero es preciso ser justos con el infortunio, especialmente cuando va acompañado de una conducta noble y honrosa. Mr. de Melas padeció engaño sobre la existencia del ejército de reserva, y quien le engañó fué el gabinete de Viena, que no cesaba de entretenerle con las más funestas ilusiones. Una vez desengañado, pudo reprochársele el no haber reunido sus tropas con la prontitud que hubiera sido menester y el haber dejado en las plazas demasiada huerte. No era en efecto detrás de sus muros, sino en el campo de Marengo donde convenía defenderlas. Reconocido este yerro, fuerza es confesar que Mr. de Melas se portó como los hombres de pecho cuando se ven envueltos, abriéndose camino con la espada. Lo intentó arrojadamente, y fué vencido; desde entonces no le quedaba más arbitrio que salvar la libertad de su ejército, porque la Italia estaba irrevocablemente perdida para él. No podía obtener más de lo que obtuvo; si el vencedor hubiera querido, todavía él habría podido sufrir más humillaciones; el mismo vencedor obró cuerdamente en no exigir más, pues con humillar á aquellos valientes sólo hubiera conseguido hostigarlos á acometer intentos desesperados y sangrientos, y perder un tiempo precioso, siendo su presencia en París indispensable en aquel momento. Compadezcamos, pues, á Mr. de Melas, y admiremos sin reticencia la conducta del vencedor, que debió el prodigioso resultado de aquella campaña, no á la casualidad, sino á las combinaciones más profundas y más maravillosamente ejecutadas.

Algunos detractores del primer cónsul han querido atribuir al general Kéllermann la victoria de Marengo y todos los resultados que trajo consigo aquella memorable batalla. Pero ya que se quiera privar al general Bonaparte de tanta gloria, ¿por qué no atribuirle á aquella noble víctima de la más feliz inspiración, á aquel Desaix que adivinando las órdenes de su jefe antes de recibirlas corrió á su encuentro, llevándole su vida con la victoria? ¿Por qué no atribuirle también á aquel intrépido defensor de Génova, que deteniendo á los austriacos en el Apenino dió tiempo al general Bonaparte de cruzar los Alpes y se los entregó medio destruídos? Se quiere sin duda que los generales Kéllermann, Desaix, Massena, que todos á un tiempo sean los verdaderos vencedores de Marengo, excepto el general Bonaparte, y no se advierte que en este mundo siempre fué la voz de los pueblos la que adjudicó la gloria, y que ésta proclamó vencedor de Marengo al que, descubriendo con la ojeada del genio el partido que podía sacarse de los Altos Alpes para caer sobre las espaldas de los austriacos, burló su vigilancia tres meses conse-

cutivos, creó un ejército que no existía, hizo que su formación pareciera una fábula á la Europa entera, atravesó el San Bernardo sin caminos transitables, apareció de improviso en medio de la Italia poseída de asombro, envolvió con aire maravilloso á su malhadado adversario, y le dió una batalla decisiva, perdida por la mañana, ganada por la tarde y sin disputa vuelta á ganar á la mañana siguiente á no haberlo sido aquel mismo día; puesto que, además de los seis mil hombres de Desaix, los diez mil procedentes del Tesino y los otros diez mil apostados sobre el Po inferior ofrecían un medio infalible de destruir el ejército enemigo. Supóngase, en efecto, á los austriacos vencedores el 14 de junio, empeñándose en el desfiladero de la Stradella, encontrando en Plasencia á los generales Duhesme y Loysón con diez mil hombres para disputarles el paso del Po y teniendo detrás al general Bonaparte reforzado con los generales Desaix y Moncey, ¿qué hubieran hecho los austriacos en aquel derrotero, detenidos por un río bien defendido y perseguidos por un ejército superior en número? Sucumbir más desastrosamente todavía que en los campos del Bórmida. El verdadero vencedor de Marengo fué, pues, y no otro, el que avasalló á la fortuna con sus combinaciones profundas, admirables y sin igual en la historia de los grandes capitanes.

Sin disputa sirviéronle bien sus lugartenientes, y no es preciso sacrificar la gloria ajena para exaltar la suya. Massena con su heroica defensa de Génova, Desaix con su acertada determinación, Lannes con su incomparable firmeza en la llanura de Marengo y Kéllermann con su briosa carga de caballería contribuyeron igualmente á su triunfo. Todos fueron recompensados con largueza, y Desaix recibió en su memoria el tributo del más sincero y noble dolor. Mandó el primer cónsul que se celebraran magníficas exequias por el hombre que acababa de prestar á la Francia tan señalado servicio, y hasta tuvo cuidado de recoger á su familia militar, tomando para sí á los dos edecanes, los coroneles Rapp y Savary, que quedaban sin empleo por la muerte de su general.

Antes de alejarse del campo de Marengo, quiso el primer cónsul escribir nuevamente al emperador de Alemania. A pesar de que su primera carta no mereció más que una contestación indirecta dirigida por Mr. de Thugut á Mr. de Talleyrand, juzgó que la victoria le autorizaba para renovar las instancias desechadas entonces. En aquel momento deseaba la paz con toda vehemencia; conocía que su verdadero destino era pacificar á Francia en el exterior después de dejarla pacificada interiormente, y que si lo conseguía, sólo aquella tarea legitimaría su naciente autoridad más que todas las victorias que pudiera conseguir de nuevo. Como hombre susceptible de las más vivas impresiones, háblele por otra parte conmovido singularmente el aspecto de aquella llanura de Marengo, donde yacía tendida la cuarta parte de dos ejércitos numerosos. Bajo la impresión de tales sentimientos, escribió al emperador la siguiente carta de estilo asaz extraño. «Desde el campo de batalla, en medio de los ayes de una multitud de heridos y rodeado de quince mil cadáveres, conjuro á V. M. á que oiga la voz de la humanidad, y á no consentir más que dos naciones poderosas se degüellen por intereses que les son extraños. A mí me correspon-

de instar á V. M., puesto que me hallo más cerca del teatro de la guerra. Su corazón no puede estar tan profundamente afligido como el mío...»

La carta era larga; discutió en ella el primer cónsul con la elocuencia que le era peculiar, y con un lenguaje ajeno del estilo diplomático, los motivos que la Francia y el Austria podían tener para permanecer armadas una contra otra. «Es por ventura la religión la que os mueve á combatir?, le decía; entonces haced la guerra á los rusos y á los ingleses, que son enemigos de vuestra fe, y no hagáis con ellos alianza. ¿Es acaso para preservaros de los principios revolucionarios? La guerra los ha propagado en la mitad del continente extendiendo las conquistas de Francia, y no podrá menos de propagarlos más todavía. ¿Es acaso por el equilibrio de la Europa? Advertid que los ingleses amagan destruirle antes que nosotros, pues son ya los dueños y tiranos del comercio, y nadie puede luchar contra ellos, mientras que la Europa podría contener siempre á la Francia si aspirase ésta seriamente á amenazar la independencia de las naciones. (Raciocinio muy exacto por desgracia, que justificaron sobradamente quince años de guerra.) ¿Combatís, añadía el diplomático guerrero, por la integridad del gobierno germánico? V. M. misma nos ha entregado á Maguncia y los Estados alemanes de la ribera izquierda del Rhin. Este mismo imperio, por otra parte, os pide la paz con instancias. ¿Es, finalmente, por los intereses de la casa de Austria? Nada más natural; pero cumplamos el tratado de Campo-Formio que atribuye á V. M. latas indemnizaciones en trueque de las provincias perdidas en los Países Bajos, concediéndoselas donde V. M. las prefere, que es en la misma Italia. Envíe V. M. negociadores donde mejor le cumpla, y añadiremos al tratado de Campo Formio estipulaciones capaces de tranquilizarle con respecto á la existencia de los Estados secundarios, de cuya ruina acusan á la república francesa.» Aludía en esto el primer cónsul á Holanda, á Suiza, al Piamonte, al Estado romano, Toscana y Nápoles, insurreccionados por el Directorio. «Con estas condiciones, añadía, queda la paz hecha; hagamos común el armisticio á todos los ejércitos y entremos inmediatamente en negociaciones.»

Mr. de Saint Julián, uno de los generales que poseían la confianza del emperador, recibió el encargo de llevar á Viena esta carta y el convenio de Alejandría. Pocos días después, un tanto recobrado de sus primeras impresiones, experimentaba el primer cónsul el pesar que sintió siempre que le ocurrió escribir un documento importante obedeciendo al impulso del momento, sin pedir consejo de otros ánimos más serenos que el suyo. Dando cuenta de aquel paso á los cónsules, les decía: «He enviado un correo al emperador con una carta que os comunicará el ministro de Negocios extranjeros. Les parecerá á ustedes *algo original*, pero está escrita sobre el campo de batalla (22 de junio).»

Después de despedirse de su ejército, salió para Milán el 17 de junio (28 pradiel) por la mañana, tres días después de la victoria de Marengo. Esperábasele con impaciencia, y llegó allí de noche. Noticiosa la población de su llegada, se agolpó en las calles para verle pasar, prorrumpiendo en gritos de júbilo y arrojando flores á su carruaje. La ciudad estaba iluminada con aquella profusión que sólo los italianos saben desplegar

en sus fiestas. Los lombardos, que acababan de sopor-tar por espacio de diez ó doce meses el yugo de los austriacos, que la guerra y la violencia de las circunstancias habían hecho todavía más duro, temblaban caer otra vez bajo su autoridad insoportable. Durante las varias vicisitudes de aquella corta campaña, habían llegado á ellos los más opuestos rumores, habían sufrido las más crueles ansiedades y no acertaban á volver de su delirio viendo asegurada su emancipación. Mandó proclamar inmediatamente el general Bonaparte el restablecimiento de la república cisalpina, y se apresuró á arreglar de algún modo los negocios de Italia que su última victoria hacía cambiar enteramente de aspecto.

Dijimos ya que la guerra acometida por la formidable coalición de los rusos, ingleses y austriacos, para reponer en sus Estados los príncipes derrotados por las supuestas invasiones del Directorio, no fué provechosa á ninguno de aquéllos. El rey del Piamonte estaba en Roma, el gran duque de Toscana en Austria, el papa había muerto en Valencia é invadían sus provincias los napolitanos. La familia real de Nápoles, entregada del todo á los ingleses, se encontraba sola en sus Estados tolerando la más sanguinaria reacción. La reina de Nápoles, el caballero Acton y lord Nelson consentían, si ya no las trazaban ellos mismos, las más abominables crueldades. La victoria de la república francesa debía hacer variar de rumbo todo aquello, en lo cual se interesaba la humanidad tanto como la política.

Instituyó el primer cónsul en Milán un gobierno provisional mientras pudiera reorganizarse la república cisalpina, determinando de una manera definitiva sus fronteras, lo cual sólo con la paz era hacedero. No se creyó obligado á guardar con el rey del Piamonte mayores consideraciones que las que le guardó el Austria, por cuya razón no se dió prisa á restablecerle en sus Estados. Dióle por substituto un gobierno provisional, y nombró al general Jourdan comisario anejo á él con encargo de dirigirle. Quería de mucho tiempo atrás el primer cónsul emplear á este ciudadano honrado y juicioso, quitándosele á sus enemigos, por cuanto no había nacido en verdad para acaudillar á los anarquistas de Francia. De este modo se reservaba el influjo del Piamonte con intento de utilizarlo para la paz, ya fuese en beneficio de la república francesa, ya como prenda de reconciliación con la Europa, reconstituídos los Estados de segundo orden destruídos bajo el Directorio. Un cuerpo austriaco debía permanecer ocupando la Toscana, é hizo el primer cónsul que se le observase con toda diligencia, disponiéndose á dar un golpe de mano caso de que los ingleses hiciesen incursión en ella ó si continuaban haciéndose levas en su territorio contra la Francia. Por lo tocante á Nápoles, nada hizo ni manifestó deseo ninguno, esperando las consecuencias que produciría su victoria en el espíritu de aquella corte. La reina, atemorizada ya, se disponía á pasar á Viena para impetrar el auxilio de Austria y especialmente el de Rusia.

Quedaba la corte de Roma, donde se complicaban con los intereses temporales las atenciones espirituales de mayor consideración. Pio VI acababa de morir en Francia prisionero del Directorio; fiel á su política, el primer cónsul hizo que se le tributaran las exequias fu-



nerales. Hallábase reunido un conclave en Venecia (1), y no sin gran trabajo había obtenido del gabinete austriaco la autorización de nombrar sucesor del papa difunto. Asistían á dicho conclave treinta y cinco cardenales; hacía de secretario un prelado, que era monseñor Consalvi, sacerdote romano, joven, ambicioso, notable por la flexibilidad, penetración y amenidad de su ingenio, que después intervino en los más graves negocios del siglo. Según acontece en toda elección política ó religiosa, los individuos del conclave andaban divididos; ventidos de ellos siguiendo el partido del cardenal Braschi, sobrino del último papa, designaban para el pontificado al cardenal Bellisomi, obispo de Cesena, y los que no querían perpetuar en Roma el dominio de la familia de Braschi, dirigidos por el cardenal Antonelli, designaban por candidato al cardenal Mattei, que había firmado el tratado de Tolentino; pero estos últimos sólo juntaban trece votos. Transcurrieron muchos meses en sostener por una y otra parte aquella lucha obstinada y silenciosa. Ninguno de los contendientes había ganado hasta entonces un solo voto del opuesto bando. Se pensó á la sazón en el sabio cardenal Gerdil, que había figurado en las controversias del último siglo; este nuevo candidato era saboyano, y con las victorias de la república había pasado á súbdito francés. El Austria usó de su derecho de exclusión contra su persona. Finalmente, apartáronse dos votos del cardenal Mattei y prometieron unirse al cardenal Bellisomi, con lo cual juntaba éste veinticuatro votos, es decir, las dos terceras partes que de rigor exigen los cánones para que una elección sea válida. Pero como se celebraba el conclave en los Estados del Austria, juzgóse conveniente someter previamente á la corte aquel nombramiento á fin de obtener su consentimiento tácito. El gabinete de Viena cometió el error de dejar transcurrir un mes largo sin dar su respuesta; ofendiéronse los príncipes de la Iglesia, dislocáronse al mismo tiempo todos los partidos, y la elección del cardenal Bellisomi quedó fallida. No esperaba otra cosa sino aquel momento de desorden y cansancio el diestro secretario del conclave, Consalvi, para erigir una nueva candidatura, único objeto de sus largas y secretas meditaciones. Dirigiéndose á todos los partidos con el lenguaje que más podía moverles, demostró á unos los inconvenientes del predominio de los Braschi, á otros el ningún fundamento que podían prestar el Austria y las demás cortes cristianas; y despertando, por último, el antiguo interés romano, tan sagaz como profundo, puso ante sus ojos atónitos una perspectiva de todo punto nueva para ellos. «Hace diez años, les dijo, que todas las persecuciones nos vienen de la Francia, y ahora quizá nos vendrán de la misma nación el auxilio y el consuelo. La Francia des-

(1) Creemos oportuno advertir al lector que los sucesos que ahora refiere Mr. Thiers sobre la elección de Pío VII son muy anteriores á la batalla de Marengo, y no posteriores como parece indicarlo el orden de exposición que con las palabras *quedaba la corte de Roma*, etc., va siguiendo en el presente párrafo, después de referir lo que hizo el primer cónsul con el Piemonte y la Toscana, ganada la batalla de Marengo. El cardenal Chiaramonti, después Pío VII, fué elevado al pontificado en marzo de 1800, mientras se disponía la Francia al belicoso tráfigo de la nueva campaña contra el Austria y la Inglaterra, de resultados de la repulsa que en aquellas dos cortes encontraron sus invitaciones de paz, según se refiere en el libro II de esta HISTORIA. (N. del T.)

de los tiempos de Carlomagno ha sido siempre para la Iglesia el más útil y el menos molesto de los protectores. Allí domina ahora un joven extraordinario y difícil aún de juzgar; muy en breve, no lo dudéis, habrá reconquistado la Italia (aún no se había dado la batalla de Marengo). Recordad que él fué quien protegió al clero en 1797, y que últimamente mandó celebrar exequias fúnebres en honor de Pío VI. Testigos fidedignos nos han repetido las singulares palabras que han oído de su boca sobre la religión y sobre la corte de Roma. No descuidemos los recursos que por este lado se nos ofrecerían. Decidámonos por una elección que no pueda ser considerada bajo ningún aspecto como hostil á la Francia, antes bien, que pueda en cierto modo ser de su agrado, y tal vez conseguiremos ser más útiles á la Iglesia que pidiendo candidatos á todas las cortes católicas de Europa.»

Era aquel ciertamente uno de esos chispazos de genio que tanto distinguen á la corte romana, y que iba todavía á despedir algunos brillantes destellos al comenzar este siglo. Monseñor Consalvi anunció entonces el nombre del cardenal Chiaramonti, obispo de Imola; no cabía elección más acertada para el objeto que se había propuesto. El cardenal Chiaramonti, oriundo de Cesena, de edad de cincuenta y ocho años, deudo de Pío VI y elevado por él á la púrpura romana, gozaba de universal estimación por su talento, por su ciencia y por la dulzura de sus virtudes. Con estas preciosas cualidades hermanaba una singular firmeza, y ya en época anterior se le había visto oponerse con victoriosa constancia á los enredos ocurridos en su orden de San Benito y á las persecuciones del Santo Oficio. Su acto más reciente y famoso era una pastoral que siendo obispo de Imola dirigió á su diócesis agregada á la república cisalpina; había hablado entonces de la revolución francesa con una moderación que agradó mucho al vencedor de Italia, al paso que escandalizó á los fanáticos del antiguo régimen (2). Respetado, no obstante, por todos, acogíale el partido Braschi; no repugnaba, al contrario, convenía á todos los cardenales cansados de lo prolijo del conclave, y parecía elegido con sumo acierto á los que esperaban mucho de la buena amistad de la Francia para lo venidero. La inesperada adhesión de un personaje ilustre decidió su nombramiento, que aparte de esto sólo encontró verdadero obstáculo en la resistencia personal del agraciado á admitir tamaño honor. Fué aquella adhesión la del cardenal Maury. Este célebre campeón de la antigua monarquía francesa vivía retirado en la corte de Roma después que recibió el capelo en recompensa de sus contiendas con Barnave y Mirabeau. Era emigrado, pero dotado de notable talento, de superior juicio, y acariciaba con secreta satisfacción la idea de adherirse al gobierno de la Francia, desde que vió en este gobierno redimido lo nuevo

(2) El obispo de Imola manifestó en aquella memorable pastoral un espíritu cristiano esencialmente democrático: «...Sí, queridos hermanos míos, decía á sus ovejas, sed buenos cristianos y seréis excelentes demócratas... (*Siati buoni cristiani y sarete ottimi democratici...*) Las virtudes morales hacen buenos demócratas... Los primitivos cristianos estaban animados de verdadero espíritu democrático... (Pastoral del 25 de diciembre de 1797.) La religión no tiene sistema político marcado, ni se adapta más á una forma de gobierno que á otra. Entre lo eterno y lo perecedero no puede haber alianza perpetua y exclusiva (N. del T.)

con lo glorioso. Disponía de seis votos, y se los dió al cardenal Chiaramonti, que fué elegido papa casi al mismo tiempo de llegar el general Bonaparte á Milán por el camino del San Bernardo.

Estaba el nuevo pontífice en Venecia sin poder lograr de la corte de Viena que se le coronase en San Marcos, ni de la corte de Nápoles que se le restituyese Roma. Entretanto, habiéndose trasladado casi de improviso á Ancona, negociaba en aquella ciudad la emancipación de los Estados de la Iglesia y su propia vuelta á la capital del mundo cristiano. En situación tan precaria, mostrándose la Francia benévola con la Santa Sede podía prestarle un apoyo provechoso en extremo y confirmarse de una manera repentina la singular previsión de monseñor Consalvi. Aquel encuentro del cardenal Chiaramonti y del primer cónsul, el uno elevado al trono pontificio y el otro ejerciendo la dictadura republicana casi á un tiempo mismo, no podía menos de ser uno de los acontecimientos más sorprendentes y fecundos de este siglo.

Mientras el joven Bonaparte era en 1796 un mero general sometido al Directorio que tenía que moderar sus pretensiones, y sin tener todavía la de dar lecciones á la revolución francesa, sostuvo al papa por el tratado de Tolentino, y sólo le quitó las Legaciones para traspasarlas á la república cisalpina; pero ascendido ahora á primer cónsul, dueño de hacer lo que juzgase conveniente, y decidido á reformar en gran parte las cosas consumadas por la revolución, no podía vacilar en su conducta respecto al pontífice nuevamente elegido. Apenas regresó á Milán vió al cardenal Martiniana, obispo de Vercelli, amigo de Pío VII; le declaró que estaba resuelto á caminar acorde con la Santa Sede, á reconciliar la revolución francesa con la Iglesia, y aun á sostener á ésta contra sus enemigos si el nuevo papa se manifestaba razonable y se penetraba de la situación actual de la Francia y del mundo. Aquella frase hizo asiento en el oído del cardenal anciano, y lejos de perderse debía producir en breve abundantes frutos. El obispo de Vercelli envió á Roma á su propio sobrino el conde Alciati para entablar una negociación.

Añadió á aquella insinuación el general Bonaparte un acto aún más declarado que no se hubiera atrevido á intentar en París, pero cuya noticia se complacía en enviar á Francia desde lejos, como indicio de sus futuras intenciones. Habían dispuesto los italianos un solemne *Tedeum* en la antigua catedral de Milán; quiso asistir á él, y el 18 de junio escribió á los cónsules estas palabras: «Hoy, á pesar de lo que puedan decir nuestros ateos de París, pienso ir de toda ceremonia al *Tedeum* que se canta en la metrópoli de Milán.» (*Archivo de la Secretaría de Estado.*)

Después de dedicar su solicitud á los negocios generales de Italia, dió algunas disposiciones indispensables para distribuir el ejército en el país conquistado, reorganizarle y mantenerle. Acababa de incorporársele Masena; el enojo del defensor de Génova se desvaneció con la lisonjera acogida que le hizo el primer cónsul, quien le confirió el mando del ejército de Italia por tantos títulos merecido. Compúsose dicho ejército del cuerpo que había defendido á Génova, del que había defendido al Var, de las tropas procedentes del San Bernardo y de las que vinieron de Alemania á las órde-

nes del general Moncey. Formaban entre todas una masa imponente de ochenta mil soldados fogueados y disciplinados. Los situó el primer cónsul en las fértiles llanuras del Po para que descansasen de sus fatigas, y hallasen en la abundancia de que iban á disfrutar la recompensa de sus pasadas privaciones (1).

Dió orden con su previsión acostumbrada de volar los fuertes y ciudadelas que cerraban las comunicaciones entre Francia é Italia, por cuya razón se dispuso y ejecutó la demolición de los de Arona, de Bard y de Seravalle, y de las ciudadelas de Ceva y de Ivrea. Fijó



Pío VII

el modo y cantidad de las contribuciones destinadas á sustentar el ejército. Mandó por sí mismo la salida de la guardia consular, calculando las jornadas de manera que pudiese llegar á París para la fiesta de 14 de julio, la cual, según sus intenciones, debía celebrarse con gran solemnidad y pompa. Cuidó de arreglar en el mismo Milán los pormenores de dicha fiesta: «Es necesario, decía, esmerarse en hacer lucida y brillante la solemnidad del 14 de julio, y tener cuidado de que no remede á los regocijos que han tenido lugar hasta el día. Las carreras de carros podían ser excelentes en Grecia, donde era costumbre pelear en ellos; pero entre nosotros significan muy poco. Milán 22 de junio.» (*Archivo de la Secretaría de Estado.*) Prohibió que le erigiesen arcos triunfales, diciendo que no quería *más arco de triunfo que la satisfacción pública.*

Si á pesar de los graves negocios que le llamaban á París se detuvo el primer cónsul diez días en Milán, lo hizo para asegurarse bien de la fiel observancia del convenio de Alejandría. Desconfiaba de la buena fe

(1) También dispuso en Milán que el cadáver de Desaix fuese llevado al convento del monte San Bernardo, donde quiso se erigiese un monumento á la memoria de aquel héroe. (N. del T.)